

ESMERALDA BALAGUER, *Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*, Tecnos, Madrid, 2023, 240 pp., ISBN: 978-84-309-8733-7.

Si decide adentrarse en la lectura de este libro encontrará, desde la primera página, una razón que se inmiscuye en las vísceras de la vida. Una razón que tiene que hacerse cargo de ella para justificarla y orientarla porque es en la historia donde se desarrolla y se plasma. El legado de Ortega consiste en un principio claro, profundo y sencillo: para comprender la vida humana es preciso ejercitar una razón narrativa que recupere el sentido del drama en que consiste. Por ello voy a narrar, puesto que no existe otra forma, la intrahistoria del encuentro de este libro con quien aquí escribe.

Cuando se me propuso reseñar *Los límites del decir* de Esmeralda Balaguer mi primera reacción fue de hastío y de pereza. Otro compromiso, otra pérdida de tiempo me decía mi Pepito Grillo. Sin ganas, me puse con él, y desde la primera página con unos agradecimientos tan justos y humanos, me atrapó. Cada línea, cada cita, cada nota a pie de página, retumbaban en mí las palabras de Zweig sobre la experiencia única del libro y de la lectura: “Desde que existe el libro nadie está ya completamente solo, sin otra perspectiva que la que ofrece su propio punto de vista, pues tiene al alcance de su mano el presente y el pasado, el pensar y el sentir de toda la humanidad”. Durante días me acompañó y me hizo caer en la cuenta de la importancia de la filosofía, de la palabra para comprender lo que Ortega concebía como vida, y no es poca cosa, en cuanto a lo que somos, lo que hacemos y lo que nos pasa. Al principio del libro se muestra la que es su tesis fundamental y su hilo conductor: “Hay que retrotraerse al año 1932 para des-velar cómo el pensamiento de Ortega asistía a un giro filosófico: el foco se alejaba de la política para volver la mirada hacia la filosofía con su propuesta de una razón histórica que posibilitaba hacerse cargo de lo humano” (p. 25). Y una dimensión de lo humano y de la vida es el lenguaje. Estamos, pues, ante un libro que clarifica las vicisitudes del lenguaje en el seno del pensamiento orteguiano. Pero estamos ante algo más, por ello la importancia y la perentoriedad única del libro de Balaguer. Siempre se señala al “Prólogo a una edición de mis obras” que Ortega escribió en 1932 como el punto de arranque de su nueva singladura. Sin embargo, se olvida el para qué. El pensador español antes de anunciar su nueva partida, expresa cuál ha sido la intención última de toda la arquitectura de su pensamiento, su fisiología interna y apunta, sin nombrarlo, al lenguaje: “Desde el comienzo de mi obra me he preocupado de fomentar la porosidad de mis lectores hacia el prójimo, porque presentía ya una experiencia que mi vida no ha hecho sino confirmar”¹. Denuncia la falta de interés del español, y más tarde del europeo, de volar hacia tierras extrañas, ajenas a uno mismo, ya que la otra persona le impide desarrollarse con plenitud. En cambio, toda la obra de Ortega está centrada a una tarea ética y pedagógica que sólo

¹ J. ORTEGA Y GASSET, “Prólogo a una edición de mis obras”, *Obras Completas*, Taurus, vol. V, 2005, p. 90.

puede venir de la mano de otras vidas que se dan en la historia a través de la comunicación y el lenguaje.

Y es en este punto donde, usted lector, tiene que situarse ante el libro cuando lo tenga en su regazo. La razón es muy sencilla: es uno de los libros que podrían clasificarse como pertenecientes a la cuarta navegación de la filosofía de Ortega y Gasset. Si la primera navegación la situamos desde 1902, año de publicación de su primer artículo, “Glosas”, hasta 1930, y a partir de ahí la segunda navegación que acaba en octubre de 1955, año de la muerte del maestro, la tercera navegación se inicia con la publicación de las Obras Completas en 12 volúmenes en Alianza en los años 80 y toda la recepción que hicieron de ellas autores tan importantes, en un primer momento, como Cerezo, Abellán, Regalado, Muguerza, Orringer o Trías. En un segundo momento, en los años 90 y principios del siglo XXI, tenemos a Villacañas, Lasaga, Conill, Sánchez Cámara, San Martín, De Salas, Zamora Bonilla, Martín, Molinuevo o Domingo Moratalla que pusieron las bases para el Ortega del nuevo milenio. Pero podemos calificar a una nueva generación de filósofos jóvenes que han coincidido con uno de los acontecimientos editoriales más importantes de los últimos veinticinco años en España y es la publicación de las Obras Completas de Taurus en 2004 y 2005². Aquí se produce un punto de inflexión hermenéutico a la hora de preguntarse: ¿Qué hacemos con Ortega? ¿Tiene algo que decirnos en el mundo gaseoso que vivimos? ¿Todavía mantendrá retazos de muy siglo XXI y nada moderno? ¿Cuál puede ser su orientación frente a la revolución digital y acontecimientos imparables como la inteligencia artificial? ¿Y sobre la democracia y la libertad? ¿Con Ortega disponemos de herramientas interpretativas para clarificar las urgencias y circunstancias del momento? Y es aquí, en este punto, donde el libro de Esmeralda Balaguer, *Los límites del decir*, entra con toda su fuerza y significado. Porque estamos ante una de las bases para comprender la importancia de la palabra, de lo que nos decimos y expresamos en el mundo actual. Un tiempo en el que la verdad y la palabra dada ya no sirven para nada. Desde la razón histórica, que es razón narrativa y, por tanto, lingüística, se clarifica la vida, la realidad primera, la realidad radical desde la cual todas las demás cobran sentido, se necesita, pues, contar el propósito de lo que hace a lo largo de su biografía vital. Y ante ese hecho radical no bastan los atajos, las medias verdades, porque la vida es un quehacer, un menester, una aventura que hay que transitar desde la autenticidad de la vocación.

Palabra y vida van de la mano porque la filosofía es ante todo escritura. Pero esta no es una manifestación meramente gramatical, un cadáver de signos, sino que se adentra en lo más profundo de lo que somos, lo que hacemos y lo que nos pasa. Hay páginas del libro que perforan nuestra alma, debido a que Ortega concibió esta su nueva navegación desde una experiencia límite: el exilio. “Yo no tengo a dónde ir” decía el filósofo. Pero Balaguer nos enseña que ese exilio también es el nuestro, ya que el filosofar lleva incrustado un exilio espiritual entro lo que se expresa y el mundo en el que se vive, entre el filósofo y el político, el hombre de poder y de decisiones arbitrarias. No estamos ante un libro clásico de interpretación del pensamiento orteguiano, de un clásico de la filosofía, puesto que estamos ante una invitación a acoger la vida filosófica en su desnudez y radicalidad, asumiendo sus consecuencias, siendo leales en que su ejercicio mismo lleva consigo una tensión intrínseca con el tiempo y los valores predominantes. Por esta razón este libro debe ser leído y ser considerado en lo que vendrá a llamarse la cuarta navegación del pensamiento orteguiano. Pensar a Ortega no desde él mismo, sino que más bien, desde él mismo,

² Balaguer hace una descripción precisa de lo que han significado para el lector y el investigador estas Obras Completas. Véase p. 146.

pensar lo otro que Ortega, es decir, nuestras circunstancias y nuestro tiempo. Las meras repeticiones yuxtapuestas de textos por los textos, está bien, qué duda cabe, pero los clásicos lo son por el hecho de hacernos pensar en el palpitar de las epifanías de nuestro presente. Lo demás, está de más. Tenemos que hacer patente lo que está latente, y Balaguer lo señala. Qué importante es hoy hallar luz donde sólo hay enredo y engaño a través del lenguaje, no el de la mera gramática, sino el de la vida, y ese puede ser, de la mano de Humboldt, entre otros, el proyecto de la Nueva Filología que brota del pensamiento orteguiano: “Para Ortega, siguiendo a Platón y Goethe, la palabra verdadera es la hablada, el logos es diálogos y el libro o texto es un decir cadavérico. Por eso Ortega piensa que todo libro debe llevar un diálogo latente detrás de la escritura patente y debe escribirse para un lector determinado. El lenguaje hay que abordarlo *in statu nascendi*. Esta es la tarea de la Nueva Filología” (p. 125). Esta forma de entender el lenguaje se sitúa ante el drama por resolver en que consiste la vida. Nuestro proyecto vital debemos expresarlo, dotarlo de razones, de palabras, que sean fieles a lo que yo debo llegar a ser. Me lo tengo que explicar a mí, para su clarificación, y exponerlo a los demás, a mis prójimos, aquello de lo que carecían los españoles, de falta de porosidad ante el acontecimiento ineludible y radical de la otra persona.

Ortega va a llevar a cabo esta titánica tarea de la razón histórica, que es narrativa, vital y lingüística, de la mano, de lo que Balaguer ve de forma extraordinaria, de los *alter ego*: Vives, Cicerón, Goethe, Leibniz, Velázquez o Goya. ¿Por qué son importantes? ¿Qué tienen en común si pertenecen a mundos y tiempos diferentes? Su punto de unión es que “vivieron épocas de profunda crisis de creencias, en las que reflexionar sobre qué era la cultura y las humanidades y otros conceptos claves de la historia del pensamiento se volvía imperativo para hacer frente a esta carencia de suelo estable y de cambio histórico” (p. 185). Y tú, estimado lector, ¿estás dispuesto a dar la batalla? ¿Todavía piensas que la filosofía es un simple observar y presentarse ante los demás en zona neutral? ¿Somos capaces de entender los intentos de anulación y de postergación del decir filosófico, de su lenguaje y de su palabra que se dan por doquier en la actualidad? La perentoriedad del libro de Esmeralda Balaguer está en radicalizar a Ortega llevándolo a nuestra circunstancia.

Por último, cabría destacar uno de los campos más apasionantes que abre el pensamiento orteguiano y es la traducción, clave para la Nueva Filología. Vivimos tiempos donde las lenguas se han convertido en plataformas identitarias, autistas y cerradas. Las banderas dividen, fracturan, olvidando su origen azaroso, de mera creación humana e histórica. Partiendo de esta tesis que es evidente, no debemos olvidar cómo Heidegger en diálogo con Ortega en 1951 en la ciudad alemana de Darmstadt, dentro de un ciclo de conferencias bajo el título, *Hombre y espacio*. El pensador alemán presentó su ponencia con el título “Bauen, Wohnen, Denken” en el que afirmaba sin ningún tipo de empacho, un Wohnen, una forma de habitar el hombre en el mundo como un habitar nacional existencialista. En otras palabras: un pueblo vive destinado a una sola tierra y a un único paisaje. Así que no puede darse la posibilidad de la traducción y, por tanto, está poniendo en duda el puente entre las diferencias que posibilitan las diferencias del mundo. Sin rizar el rizo, deberíamos recordar unas palabras que Hitler pronunció en 1934 en una fábrica alemana. Tras acusar a los judíos de ser la causa del odio entre los pueblos y las gentes, que vagan sin rumbo por el mundo careciendo de historia e identidad, exclama a los cuatro vientos, y de forma sorprendente, lo mismo que Heidegger: “El pueblo está atado a su tierra, atado a su patria, atado a las posibilidades de vida de su estado a lo que la nación ofrece”. Sin embargo, y a diferencia de estos planteamientos identitarios que han provocado las acciones de barbarie más destacadas de la historia, Ortega, por el

contrario, afirma que el hombre no tiene un hábitat determinado y fijo, de ahí, que habite toda la tierra. Esta necesidad de crearse aquello que tiene en derredor le viene dado por su condición de animal enfermo e inadaptado. El hombre, pues, no tiene una naturaleza determinada, no está adscrito a ningún ser fijo y ninguna tierra fija. Por esta razón, este planteamiento, aunque toda traducción sea una tarea utópica, es más necesario que nunca porque nos lleva a descansar de nosotros mismos, a sentir la experiencia de convertirnos en extranjeros, en apátridas, como lo fueron Ortega y Zweig, y abrir los poros que nos cierran en nosotros mismos. Este libro, con todos los conceptos satélite alrededor del lenguaje en Ortega, se nos presenta como una advertencia clara ante las vicisitudes de nuestro tiempo. Sin perder jamás la esperanza de que la vida es una aventura en la que tenemos que trazar su orientación y sentido. Depende de todos y cada uno de nosotros. Aprovechémoslo.

José Miguel Martínez Castelló